

tro. Tendrá, por fuerza, que ser, según sus enseñanzas lo indican, la víctima de sus grandes vicios y el esclavo de sus pequeñas virtudes y correrá, sin embargo, el peligro de que, careciendo del fuego supremo de la divina inspiración, su existencia de siervo no se ocupe, como la de Rousseau, en destroz ar cadenas y libertar ergástulas. . . . La educación que Juan Jacobo pretende dar a Emilio lo hará receloso y hostil, duro y áspero; no tendrá nunca ese sano acercarse a las cosas y a las almas que las hace inteligentes y hermosas, no tanto porque ellas en verdad lo sean, sino porque uno quiere verlas así y así también gustar de ellas; carecerá, como Rousseau, de la sobria ponderación de Goethe que se gozaba en ampliar su espíritu al extremo de que el mundo mismo cupiera dentro de él. Y es que no se forma un hombre como se escribe un libro; es que un espíritu no surge de una tesis, por excelente que sea, y es también que abstraer al niño de la influencia materna, pretender colocarlo en mitad de la naturaleza múltánime, sin que una ternura lo ampare y un corazón lo guíe, es proponer utopías y ambicionar imposibles.

Para que Emilio fuera grande, grande como Rousseau, sería menester que la vida lo golpeará tanto como a él, para enseñarle primero a ser pequeño, resignado y humilde, enseñanza que necesitan todos los que quieren llegar a ser altos, fuertes y vencedores.

